

Fernando Dorado Martín es un pintor a quien jamás vendrán a morder las iguanas —siguiendo el verso de Federico G. Lorca— pues, es un hombre que sueña. Su esmerada educación, su sencillez y profunda humanidad, son los rasgos espirituales que componen su carácter y personalidad. Admitido aquello de que la edad es la biológica y no la cronológica, entonces nuestro admirado amigo goza de unos espléndidos cuarenta años.

“Master Internacional de las Artes (1986)”, y otras muchas distinciones cabe afirmar que tampoco él escapó a la influencia de algunos “ismos” y es natural; pues, desde Cezanne —que se adelantó en más de setenta años a la pintura actual— impactos de aquellos caracteres se manifiestan en toda la pintura moderna. Es el caso del impresionismo, pirueta sin porvenir, como equivocadamente señalaron los que ignoraban que esa evolución y expresión había sido ya sugerida por los pin-

“ El paisaje no es sólo color y aroma, sino también espíritu ”



tores venecianos del siglo XV. Fernando Dorado aplica en el color una delicadeza tonal más acentuada en ocre, verdes y azules; una técnica suelta, libre y un color limpio. Y como el poeta Paul Valéry, también nuestro entrevistado reconoce que el paisaje no es sólo color y aroma, sino también y sobre todo, es espíritu. Y así lo plasman en sus panorámicas toledanas cuya estética y emotividad nos hace creer que ha captado en ellas hasta ese silencio audible que se inscribe en la magia de esta ciudad. Un silencio igual al que irradia el Valle de Josefat.

Bien, acabemos con la palabra escrita y pasemos a la palabra hablada, que es alada, porque su medio natural y vehículo es el aire. Cosa de Homero.

—¿Recuerda el primer cuadro que pintaste?

—No lo recuerdo con exactitud, porque casi todos espezamos copiando láminas y después bocetos informales y al aire libre. No obstante, sí me viene

a la memoria cuando, siendo muy joven, me atreví a llevar mi caballete con pretensiones de seriedad a ese bonito campo de Toledo buscando un tanto la soledad, evitando verme intimidado con la presencia de curiosos. Con el tiempo, estas personas que vienen a observarte no solamente no me molestan, sino que me son gratas y a la vez que pinto converso con ellos.

—LVT. Velázquez pintaba el aire. En tu obra observo el mismo prodigio. ¿Podrías explicar esa técnica o habilidad que lo hace posible?

—Para conseguir lo que nosotros llamamos atmósfera en el cuadro, la fórmula podría concretarse en una sola palabra: oficio. Es decir, vocación, observación y perseverancia. Resultado de todo ello es la técnica por la que preguntas.

LVT. De la pintura clásica española, ¿qué maestros despiertan en ti más entusiasmo, y cuál de ellos te aporta, aunque sea levemente, cierta influencia en tu expresión artística?

“ En sus panorámicas toledanas capta el silencio audible que se inscribe en la magia de esta ciudad ”